

la práctica, es mucho más costosa. Pero es de esas obras que el público debe imponer a una empresa, porque el público tiene derecho a ello. Esa obra no puede ser un fracaso. Y, en todo caso, nunca sería un fracaso del autor, sino de la empresa que no ha querido admitirla.



LA EXPOSICIÓN DE LA INFANCIA

Se anuncia en Madrid y para fecha próxima una Exposición, la más simpática y la más conveniente para ejemplo y estímulo de todos: la Exposición de la Infancia.

De todos los dicitos con que el mayor enemigo de España pudiera ofendernos, el de infanticidas sería, quizás, el más merecido.

No será Malthus nuestro previsor apóstol; pero es, en cambio, Herodes, el buen reparador de nuestra prolifera impresión. Tan descuidados sembradores como descuidados cultivadores y recolectores. Al celo previo, en que cualquier hombre se iguala al animal, no corresponde el celo ulterior por la prole, en que cualquier animal puede dar lecciones al hombre.

Y no haya ofensa para las madres y los padres

españoles. ¿Cómo suponerlos menos amantes de sus hijos que en otros países? Los aman con ceguera; pero, ¡ay!, con ceguera de ignorancia, que es la peor de las cegueras.

Dos tristes suertes hay en el mundo: verse pájaro en manos de niño; verse niño en manos de padres españoles.

Dijérase que la fe cristiana, en la seguridad de verlos al morir niños, trasplántalos ángeles al cielo; o las inseguridades de nuestro vivir nacional azaroso, consuelan y hasta estimulan a los padres en la temprana muerte de sus hijos.

No es que no los amemos mucho; es que amamos tan poco la vida, que acaso el haberlos traído a ella nos pesa como un remordimiento, de que sólo su muerte prematura puede aliviarnos... —¡ Para él ha sido un bien!... ¡ Angelitos al cielo! —¡ Se ha quitado de penas! —¡ Quién sabe lo que hubiera tenido que pasar en este mundo! — Hay en todas estas frases vulgares, al morir un niño, una resignación que, siendo amor, más parece ferroz egoísmo.

Y es el espíritu español seco para el niño, y esta sequedad se refleja en nuestro arte, apenas esclarecido por gracias infantiles, en los cuadros de Murillo y en alguna imagen del Niño Jesús del escultor murciano Salcillo.

No hay en España una literatura, un arte para los niños. Nos preocupamos poco de higienizar ni de alegrar su vida.—¿ Hay mejor higiene que la

alegría?—Aun los niños ricos son aquí más desgraciados que los niños pobres de otros países.

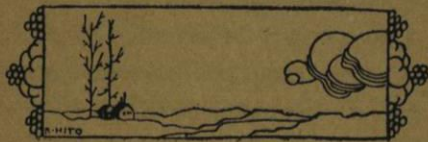
La Exposición puede ser una buena obra, si a ella acuden con la mejor voluntad todos los que, sin haber perdido la fe en otra vida con su cielo, saben que ya es bastante antesala para esperarla esta nuestra tierra, tal como ella será siempre, por mucho que procuremos mejorarla entre todos, y no hay necesidad de hacer de ella un infierno, único lugar que no admite mejora; porque nada puede mejorarse en lugar donde no se ama, que es también lugar donde no se trabaja.

La Exposición de la Infancia no ha pasado de ser una plausible buena intención; un modesto ensayo, que no debe desanimar a sus organizadores, para acometer de nuevo la empresa. Tal como está es muy poco, en algo de tan sagrado interés como la infancia. Una escuela modelo que, en efecto lo es, si recordamos muchas que hemos visto. Libros para niños, con vistosas, no muy artísticas cubiertas... ¡ Ah, los libros ingleses para niños, primores de arte!

En la Exposición se muestran cerrados; y si hemos de juzgar por algunos que en alguna ocasión hojeamos, bien están así; es como pueden ser más provechosos.

Aun así, la Exposición debe ser visitada por

todos. Lo deficiente es el mejor acicate al deseo de mejorar. Si hubiéramos llegado a la perfección, tal vez nos dormiríamos; y ahora que a muchos sabios les ha dado por predicar las ventajas de la ignorancia, no es hora de que duerman cuantos creen, como dijo Jesús, que sólo no es perdonable un pecado: el pecado contra el Espíritu. En España llevamos mucho tiempo de pecar contra él; porque el mayor pecado es la ignorancia.



LIBROS PARA NIÑOS

En literatura destinada a los niños hemos sido, por mucho tiempo, importadores de libros extranjeros. El *Juanito* de nuestra niñez, el admirable *Corazón*, de Amicis; los cuentos de Grimm, de Andersen, no tienen en España equivalentes. Las mismas fábulas de Samaniego, la más castiza lectura en nuestros tiempos de colegiales, al través de Esopo y de Fedro, llegan a España por el francés La Fontaine, tan odioso a Lamartine como educador. En efecto, la moral de las fábulas es algo sanchopancesca, rastrera, y el gran poeta tenía sobrada razón para abominar de ellas como libro iniciador de poesía en el espíritu del niño.

Los cuentos de Perrault, por su asunto, serán eternamente encanto de los niños, aunque su erudito autor, al contarlos, puso en ellos cierta sarcronería, como para las damas y cortesanos de colmillo retorcido, en quienes pensaba al escribirlos más que en los ingenuos lectores infantiles.

Las *Mil y una noches*, por mucho que se ex-purgen, no son de lectura muy conveniente para niños. Trascienden a sensualidad oriental y per-turban la imaginación.

Nuestro *Don Quijote*, fuerza es confesarlo, es de incomprensible y aburridísima lectura para chi-cos. Es libro para leerlo después de los treinta años. Por eso hay tan pocas mujeres que lo ha-yan leído.

En publicaciones periódicas para la infancia tampoco hemos sido muy fecundos. La mejor, sin duda, fué *Los Niños*, periódico fundado y dirigido por D. Carlos Frontaura, de grata memoria, y sus artículos y cuentos más amenos traduccio-nes eran también casi siempre.

En colaboración con D. Teodoro Guerrero pu-blicó el mismo D. Carlos Frontaura unas cuan-tas comedias para niños, de moral un tanto sensi-ble, pero muy bien intencionadas; y una entre todas, titulada *Una lección de historia*, muy bien compuesta para gravar en la imaginación de los niños gloriosas páginas de la Historia de España.

Otro distinguido escritor, Segovia Rocaberti, publicó también una colección de obritas teatrales infantiles. Hoy día publica también una el Sr. Es-pasa, en Barcelona. De Buenos Aires recibí, poco tiempo ha, otra numerosa colección.

De Fernán-Caballero tenemos una *Mitología*, explicada a los niños, verdadera obra maestra de discreción y de buen gusto.

Para niños de librepensadores y racionalistas es obra muy apreciable *Ponos o La Comedia Hu-mana*, de D. Melitón Martín, obra injustamente olvidada, a mi entender; tal vez famosa en todo el mundo si no fuera española.

Como nuestra enseñanza, cuando no es de una estrechez de miras clerical, es de una pedantería filosófica aún más estrecha, la obra de D. Meli-tón Martín ha padecido bajo el natural desvío de los unos, que no quieren que nadie sepa de nada, y de los otros, que se lo saben todo.

Entre la infinita ignorancia y la infinita sabi-duría, extremos sin término medio, de la menta-lidad española, o no nos enteramos de nada, o sólo de Kant para arriba. O en el zaguán o en el quin-to cielo. Y en el quinto cielo de un salto, sin to-marnos el trabajo de subir por las escaleras.

Género muy difícil de literatura es un género en que ha' de olvidarse el escritor de toda litera-tura; cosa muy difícil para el verdadero literato y cosa imposible al que no lo es: que se acuerde de toda la mala literatura a la hora de escribir.

Para escribir un buen cuento de niños hay que tener alma de madre. Lo que es lo mismo, ser un gran artista, verdadero artista. El alma del Arte es alma de madre, como el alma de la Naturaleza.

Género de arte en que debieran triunfar las mujeres, si no fuera que la mayoría de las muje-res escritoras tienen muy poco de femenino.

Cuando la mujer es mujer antes que escritora

y mucho antes que literata, escribe, cuenta, mejor dicho, deliciosos cuentos de niños, todos de ingenua imaginación y candoroso sentimiento. Cuentos que pueden interesar a los niños de todos los tiempos y de todos los países; porque el alma del niño es siempre universalmente primitiva.

En cada niño nace la Humanidad. En cada nación, desde las capitales civilizadas, emporio de cultura, hasta las aldehuelas pastoriles, más que unidas, apartadas por senderos riscosos de las ciudades, puede estudiarse, mejor que en los libros, la historia de las razas y los pueblos en sus más remotas ascendencias. No son códices y monumentos, cronicones y sepulcros los que mejor nos hablan de edades pasadas; son seres vivos, hombres y mujeres, que viven hoy en el alma de otras edades, las más remotas, hasta la misma edad de piedra.

Los grandes escritores, cuya gloria perdura sobre los pueblos y los siglos, son los que acertaron a contar mejor esos eternos cuentos que interesa siempre al espíritu infantil de la Humanidad.

Todas las grandes obras de la literatura, si bien se advierte, son cuentos de niños. Obras que conmoverán eternamente lo que hay de niño en el alma de todos los hombres y de todos los pueblos.

Cuentos de niños, *La Iliada* y *La Odisea*; cuentos de niños, *La Divina Comedia*, y nuestro *Romancero*, y *La Canción*, de Roldán, y los *Fabliaux* franceses, y los cuentos de Chaucer, y las trage-

días de Shakespeare, y los dramas legendarios de nuestro teatro...

Hoy, entre el espíritu del escritor y el espíritu del Pueblo, el eterno niño, media una distancia que no basta a salvar una artificiosa sencillez toda de habilidades literarias. La sencillez no se imita con nada; con la bobería, mucho menos. Ni con místicos o castizos vocablos.

Sin afectación, alegre, claro, limpio, llega un libro de cuentos para niños, *Cuentos de hadas*, de Gertrudis Segovia, libro de mujer, como yo quisiera todos los libros escritos por mujeres; libro que añade a nuestra pobre literatura infantil unas flores, más valiosas que joyas. Hay en él cuentos comparables en interés al delicioso del *Pájaro Azul*, de Mme. D'Aulnoy, y a *La Bella y la Bestia*, de Mme. de Beaumont. Son verdaderos cuentos para niños. Y doy fe de ello, porque sé de varios niños que los han leído con entusiasmo y sé de una señorita distinguida que se ha aburrido mucho. Una señorita distinguida es lo menos infantil que se conoce. Una señorita distinguida, si la dicen que puede tener hijos, suele exclamar: ¡Por Dios! Chiquillos, no. ¡Qué lata!

A señoritas de estas de ¡Qué lata! no hay que ofrecerles cuentos para niños. Con la conversación de algún jóven, tan distinguido como ellas, tienen bastante pasto intelectual.

EN VISPERAS DE REYES

Las tiendas de juguetes son en visperas de Reyes el verdadero paraíso de los niños. Todos se aprestan para recibir la visita de los Reyes Magos, los reyes de leyenda y de ensueño, que vienen de tierras lejanas con su cabalgada de dromedarios cargados de juguetes y golosinas por tesoro.

De todas las leyendas piadosas ninguna tan arraigada en nuestro espíritu. Los padres más racionalistas y librepensadores la respetan en sus hijos, y al poner los regalos de misterio en la ventana, tal vez los padres estén más ilusionados que a la mañana los niños al descubrirlos.

Y ¿quién no espera toda la vida y cada día la llegada de los Reyes Magos?

El prosaico cartero es el mago de Oriente. A cada carta de letra desconocida, pensamos al abrir-

la, trémulos de ilusión y de esperanza: ¿Será el amor? ¿Será la riqueza? ¿Será nuestra felicidad?

Nuestro corazón está siempre en la torre, como la hermana Ana en el cuento de Barba Azul, y sin cesar le preguntamos: ¿Qué ves? ¿Quién llega por el camino? Y hasta la hora de morir esperamos, y cuando llega la muerte, acaso esperamos todavía que sea la felicidad.

* * *

Entre los libros de estrena—esta palabra, traducción exacta de los *étrennes* franceses, fué muy usada por nuestros clásicos Lope de Rueda, Mateo Alemán y otros—, se destacan por su elegante y graciosa presentación los libros ingleses. Maestros en las artes tipográficas, grandes artistas ilustrados, todos los años nos presentan nuevas ediciones de sus autores clásicos y de sus poetas, los primeros del mundo.

En libros para niños ofrecen maravillas de buen gusto, libros educadores, aunque sólo fuera por su artística presentación.

Las ilustraciones de Rackam en *El sueño en noche estival*, de Shakespeare; la trilogía de Wagner, los cuentos de Grimm y Peter Pau, son admirables obras de arte.

De inspiración japonesa, unen a la más graciosa espontaneidad, la ejecución minuciosa. Parecen acotaciones ligeras, apuntadas, como por juego

al hojear el libro, y nos muestran, como profundo estudio crítico, el espíritu de la obra ilustrada. Ilustrar de ese modo, bien puede llamarse ilustrar.

En España son raras las ediciones de libros ilustrados. ¿No hay editores de ellos por falta de ilustradores, o no hay ilustradores por falta de editores? Este es uno de tantos problemas nacionales en que es difícil precisar cuál sea la causa, cuál sea el efecto. ¿No hay oferta porque no hay demanda, o no hay demanda porque no hay oferta?

España, tierra de grandes pintores, no lo ha sido de grandes dibujantes. Nuestros artistas consideran el arte de la ilustración como un arte inferior; sólo obligados por la necesidad consienten en rebajarse hasta él, y siempre con cierta displicencia, que no es la mejor disposición de espíritu para producir obras de arte.



TRIBUNALES PARA NIÑOS

Si alguna traducción se impone por su propia virtud, es la de esos tribunales que han de juzgar a los niños precoces delincuentes; institución establecida en varios países de Europa; en París, desde algunos años, y ahora extensiva a toda Francia.

Discútase por criminalistas y sociólogos si la Justicia ha de tener cara de perro o rostro más benigno, cuando de juzgar a los hombres se trate. Pero, tratándose de niños, ¿no podrá sustituir la severa balanza por un pesa-bebés, blando como una cuna, y la imponente espada, cuando menos, por aquella caña tradicional en los antiguos maestros de escuela?

Yo no sé si hay niños rematadamente malos; pero sé que, en niños y en hombres, nada hace tan malos a los malos como el saberse tenidos por

incapaces de toda bondad. Repetid a un niño continuamente: ¡Qué malo es! ¡Es muy malo! Y lo será en efecto. Aunque lo sea, dejadle alguna ilusión sobre su bondad. Cuando queráis conseguir algo de él y estéis seguros de su desobediencia, no vea que la dáis por segura; al contrario, decidle: Sí lo hará, porque él es muy bueno. Para gobernar pueblos, como para educar niños, hay que hacerles ver que son gobernables y educables, aunque no sea crea.

Yo creo que si el pueblo español es de tan difícil gobernar, ha sido de tanto decirle que lo era.

Es humana tendencia la de sobresalir, la de afirmar nuestra personalidad destacada. Hay quien, no pudiendo distinguirse de otro modo, se contenta con presumir de sus achaques: "Como las jaquecas que tengo yo no las tiene nadie."

Entre las señoras, no digamos; la que ha conseguido tener el parto más laborioso, se considera dichosa cuando lo echa a competir entre las amigas.

Por eso, la sociedad y los Tribunales de Justicia, que la representan, ni al juzgar a un criminal, a un delincuente nato e incorregible, deben darse por entendidos de que se hallan en presencia de algún monstruo. Esto envanece al criminal, y hay que procurar que los criminales sean modestos. Hay que persuadirles de que no son tan malos como ellos se creen. Es el sistema de los confesores sabios y prudentes con los más empedernidos

pecadores, y así consiguen conversiones notables.

En los niños, vanidosillos de suyo, nadie sabe lo que puede importar esta estudiada indiferencia ante sus precoces delitos.

En Francia, con muy buen acuerdo, se ha evitado toda publicidad en las vistas y sentencias de estos tribunales para niños. Y aquí, si llegaran a establecerse, habría que suplicar a la insaciable información, en sus dos aspectos, literario y fotográfico, un discreto silencio.

¿Será ilusión o falta de memoria? Tengo entendido que algo se ha legislado en España sobre tribunales para niños. Si así no fuera, o algo faltara para llegar a la perfección en su funcionamiento, nada más urgente.

Habiendo de tener estos tribunales mucho de patronato, debieran constituirse por distritos y, aparte el juez especial designado, formarse por jurados cuidadosamente elegidos. Entre ellos figurará siempre un médico, un maestro, y, como ha indicado muy bien un distinguido escritor, nunca mejor ocasión para que la mujer entrara en funciones judiciales. Un voto de mujer no puede faltar al juzgar la culpa de un niño. Un voto que sería una lágrima y un beso.



A LOS PADRES

A la distinguida señora que me escribe, indignada por algunas apreciaciones mías referentes a los padres españoles, recomiendo para mi disculpa y su consuelo, la lectura de un libro recientemente publicado en Francia: *La educación en la familia*, por Thomas.

Dice el autor: "Al tratar de la educación, y en particular de la educación de los hijos en la familia burguesa, procuramos destacar los pecados de los padres, persuadidos de que de ellos proviene la mayor parte de los males que afligen a la sociedad. La tarea es ingrata, porque pocas veces agradecemos las censuras.

"¿Cuánto más agradable sería exaltar los méritos del padre y el de la madre; disculpar sus errores y sus preocupaciones, y cultivar con engaños

discretos sus ilusiones! Tarea ingrata por su vulgaridad. ¿No se ha dicho ya todo sobre este asunto y no llegamos demasiado tarde? Todo se ha dicho; pero ya que parece que no se ha oído, ¿haremos mal en decirlo otra vez? Es conveniente, dijo Voltaire, despertar a menudo la conciencia de las modistas y la de los reyes con una moral que pueda causarles impresión. Lo mismo puede decirse de la conciencia de los padres."

Como se ve, mi ofendida comunicante, también en Francia hay padres descuidados, y lo mismo podría decirse de todo el mundo, y si el autor francés particulariza, como yo, por mi parte, es porque, además de que cada uno habla de la feria según le va en ella, es natural que cada uno hable de la feria que mejor conoce.

No es que yo no haya conocido excelentes y admirables madres e inteligentísimos padres. Tal vez por haber conocido lo mejor, soy más exigente con lo mediano y con lo malo.

Y si sólo a la salud física atendemos, ya no soy yo, es la estadística implacable la que acusa a los padres españoles. Y nos quejamos de Madrid, pero ¿cuando ve uno de cerca pueblos y aldeas!... Diga mi amable, aunque airada comunicante, que, al juzgar por sí misma, pretende igualar a todas las madres españolas: ¿no vió nunca en apreturas y bullangas callejeras, en teatros y hasta en tendido de sol en los toros mujeres con niños y de muy corta edad, de pecho, en los brazos, y no sin-

tió indignación muy justificada? ¿Es por exceso de cariño, es por lo que puedan gozar los angelitos a esa edad con el espectáculo? ¿Que son pobres mujeres sin ilustración? No siempre; que también en la clase media y en las más elevadas se cometen a diario, como esos conatos de infanticidio, que alguna vez llega a consumación, y entonces es el acudir a los santos, porque al médico también suele acudir tarde.

De la educación en su parte moral no hablemos, y vuelvo a recomendar el supradicho libro; pero ¿quién no ha presenciado, aun en familias muy distinguidas, discusiones violentas entre marido y mujer, en presencia de los hijos? ¿Quién no conoce padres de esos que tienen por sistema desautorizarse mutuamente ante los hijos, por ridícula competencia de cariño, y basta que el uno reprenda para que el otro disculpe, y viceversa; de modo que los hijos, dueños de la situación, acaban por provocar a cada paso estas disidencias paternas, sabiendo que al cabo siempre han de resultar gananciosos?

De otros muchos errores y torpezas, no menos graves por ser hijas del cariño, todos podemos catalogar, por observación personal, un buen número.

No vale, pues, ofenderse, señora mía. Los ejemplos hay que buscarlos en singular; las razones, en plural. Yo sé de algunos admirables ejemplos de padres y de madres; pero tengo muchas razones

para hablar como he hablado de las madres y de los padres. Por algo soy hijo de quien mereció el nombre de "Médico de los niños", y más que contra las enfermedades, tuvo que luchar en su vida profesional con la ignorancia de muchas madres y de muchos padres. Recuerdo haberle oído decir a una madre que no sabía cómo expresar su agradecimiento, por creer que le había salvado la vida de su hijo, enfermo de difteria, entonces de más complicada y difícil curación que ahora: —No tiene usted que agradecerme nada. Su hijo se ha salvado por bien educado. No he visto niño más dócil para dejarse curar.

Ya ven los padres cuánto importa una buena educación, hasta para las enfermedades de sus hijos.



LAS DANZAS DE LOIE FULLER

Nada más gracioso y artístico que las danzas de Loie Fuller y sus discípulos. Loie Fuller, inventora de la famosa danza serpentina, tan copiada y tan imitada después, ha comprendido toda la verdad de la máxima de D'Annunzio: Renovarse o perecer. Y si es cierto que en la parte física no ha podido contrarrestar el irreparable ultraje de los años, como dijo el trágico, en la parte artística, ya que no renovado del todo, ha rejuvenecido su arte con artísticas variaciones sobre el antiguo tema: "Bella forma mortal passa, e non d'arte", que dijo Leonardo, y adoptó después por lema el mismo Gabriel d'Annunzio.

Loie Fuller, con sus vaporosos contornos de nube, de llamarada, de viviente flor, de mariposa, con sus combinaciones de luces y colores, ha sido una gran innovadora en arte. Con especialidad,

en el arte decorativo, llamado modernista. La moda femenina también ha encontrado en ella atrevidas inspiraciones coloristas.

En el arte de la danza, su influencia ha sido decisiva. Loie Fuller, según ella misma refiere, halló en la India la inspiración de sus bailes. Hoy todo el moderno arte del baile busca en la antigüedad ritmos de líneas y colores. Y son Isidora Dunçan, Maud Allens, Regina Badet, Ida Rubeustein, la Truhanowa, Tórtola de Valencia, toda una pléyades de bailarinas, evocadoras de las antiguas danzas de Grecia y de la India, danzas religiosas, sacerdotales, de iniciación y de misterio.

Unas por instinto, otras por arte. La mujer es siempre vaso de elección, propicio al hervor del fuego sagrado.

El baile moderno ha dejado de ser acrobatismo. Hoy pueden danzar las bailarinas con los pies desnudos; las bailarinas más famosas de antes no hubieran podido mostrar sus pies, atormentados por el horrible ejercicio al bailar sobre las puntas de los dedos; pies que habían perdido su forma, ensangrentados muchas veces al cabo de horas y horas de ensayos mil veces repetidos para lograr fuerza y agilidad. ¡Las vueltas de cintura de la Pinchiara, los punteados de Rosita Mauri! Todo ello pasó para no volver, hasta que de puro viejo sea antiguo, que la antigüedad es la juventud de las cosas viejas.

* * *

Pero una de nuestras autoridades se ha propuesto cumplir con la ley de Protección a la infancia y ha prohibido la presentación de las discípulas de Loie Fuller en el teatro.

De todos los trabajos que puede hacer un niño, ninguno menos penoso que el de estas danzas. Nada más parecido a un juego infantil. Nada en ellas da idea de pena o de esfuerzo.

La directora ha protestado contra esa medida de la Autoridad. Es que está mal acostumbrada. Viene de otros países donde no se concede la menor importancia a los niños. Aquí no habrá podido ver niños abandonados por las calles, ni vendedores de periódicos menores de trece años expuestos al frío en estas noches de invierno y alternando con golfos y golfas de la peor especie. Y si recorriera esos pueblos de Dios, no vería niños y niñas, al sol de agosto, en las faenas del campo.

Como nada de esto ha podido ver, comprenderá lo justo de la determinación al prohibir ese espectáculo de unas niñas sanas y alegres que, seguramente, no lo habrán pasado mejor en su vida.

Pero nuestras autoridades no se enteran más que de lo que pasa en los teatros. Verdad es que, cuando no se encuentre a una autoridad por esas calles, ya se sabe dónde hay que buscarlas, en los teatros del distrito.